



MERIDIANO – Revista de Geografía. número 3. 2014 – versión digital.

<http://www.revistameridiano.org/>

DEL ETNOCENTRISMO EUROPEO AL CRIOLLOCENTRISMO: pero no a la independencia nacional

Miguel Antonio Espinosa Rico*

Resumen

El escrito discute la adhesión de las elites criollas de los países andino-amazónicos a una causa plena de independencia frente al imperio español, sosteniendo que éstas estuvieron siempre realmente más preocupadas por reemplazar el eurocentrismo por un gobierno en cabeza de gobernantes criollos, cuyo poder económico, al cual sumaron el deseo real independentista de los sectores sociales mestizos, indígenas y esclavizados, ya les permitía generar una lucha de la cual surgirían las repúblicas oligárquicas.

Palabras-clave: Eurocentrismo; Criollocentrismo; Independencia.

Abstract

The paper discusses the accession of native elites-Amazonian Andes to full cause of independence from the Spanish Empire countries, arguing that they were ever really more concerned about replacing Eurocentrism by a government headed by Creoles rulers, whose economic power to which they added the real desire for independence and social sectors mestizos, Indians enslaved, and allowed them to generate a struggle which arise oligarchic republics.

Keywords: Eurocentrism; Criollocentrism; Independence.

* Licenciado en Ciencias Sociales; magister en Geografía; candidato a Doctor en Geografía; profesor de la Universidad del Tolima; director Grupo Interdisciplinario de Estudios sobre el Territorio “Yuma-íma”. Universidad del Tolima. Ibagué, Tolima, Colombia. Correo electrónico: miguelantonioe3@gmail.com

Introducción

En la historia nacional de los países andino amazónicos (Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia), parte del dispositivo ideológico independentista estuvo centrado en el combate al etnocentrismo europeo, expresión de una práctica que en general privilegió el exterminio de los pueblos indígenas y la imposición de una población foránea sobre el territorio.

Sin embargo es tímida la crítica al hecho no menos cierto de que al producirse la independencia de España y Portugal, la clase dominante, de los comerciantes y terratenientes criollos, se convertiría en un grupo hegemónico, dando lugar al criollocentrismo, que cerró, desde muy temprano, las posibilidades para que la población mayoritaria, conformada por campesinos, artesanos, indígenas y población esclavizada, accediera al gobierno en cargos de responsabilidad y toma de decisiones.

Para estos sectores sociales la independencia no pudo significar la liberación sino el paso de un tipo de opresión foránea a uno criollo, mantenido bajo la férrea aplicación de un derecho acomodado a la nueva dominación, que incluso explica por qué en países como Colombia, la esclavitud solo pudo ser abolida en 1951, cuando en los demás países andino amazónicos lo había sido durante la década de los años veinte del Siglo XIX.

Desde la colonia, era claro para el común de las gentes, que ser criollo expresaba herencia de sangre hispana y una distancia bien definida entre aquel y la población mestiza, la más próxima en linaje, pero ya distante en “pureza de sangre”. La construcción del imaginario de lo “criollo” pudo ser algo involuntario, pero al detonar la independencia, adquirió un sentido práctico y contundente de lo “superior”, hábilmente cultivado y mantenido por las elites criollas, nuevas detentadoras del poder republicano.

El criollismo al que aquí se hace referencia es en primer lugar una manifestación política de vocación de poder y de esencia independentista, pero criollismo no es igual a emancipación para los sectores sociales mayoritarios, como efectivamente lo ha mostrado la historia de casi dos siglos de independencia colonial. El poder militar, político, cultural y social pasó de manos españolas a manos criollas; el poder político-económico que antes descansaba en los encomenderos pasó pronto a manos de los terratenientes criollos; el poder emanado de la educación pasó del control hegemónico de la iglesia española al poder compartido del concordato Estado-Vaticano y; el modelo señorial de la sociedad colonial se transformó en una sociedad cultural y socialmente bi-polar, debatiéndose entre los estereotipos europeo y estadounidense.

Antes que permitir cualquier brote de autoafirmación mestiza, indígena o afrodescendiente, era crucial afirmar el nuevo modelo criollo de sociedad, algo así es lo que hemos decidido denominar criollocentrismo, que en términos concretos, si bien supone el reemplazo del colonialismo español, también la negación de la sociedad mayoritaria, conformada por población mestiza, indígena y afrodescendiente.

1. Del etnocentrismo europeo al criollocentrismo

En la historia nacional de los países estudiados, parte del dispositivo ideológico independentista estuvo centrado en el combate al etnocentrismo europeo, expresión de una práctica que en general privilegió el exterminio de los pueblos indígenas y la imposición de una población foránea sobre el territorio.

Sin embargo es tímida la crítica al hecho no menos cierto de que al producirse la independencia de España y Portugal, la clase dominante, de los comerciantes y terratenientes criollos, se convertiría en un grupo hegemónico, dando lugar al criollocentrismo, que cerró, desde muy temprano, las posibilidades para que la población mayoritaria, conformada por campesinos, artesanos, indígenas y población esclavizada, accediera al gobierno en cargos de responsabilidad y toma de decisiones.

Para estos sectores sociales la independencia no pudo significar la liberación sino el paso de un tipo de opresión foránea a uno criollo, mantenido bajo la férrea aplicación de un derecho acomodado a la nueva dominación, que incluso explica por qué en países como Colombia, la esclavitud solo pudo ser abolida en 1951, cuando en los demás países andino amazónicos lo había sido durante la década de los años veinte del Siglo XIX.

La política indigenista que se aplicó fue también la vivida bajo la colonia, perviviendo incluso hasta bien avanzada la segunda mitad del Siglo XX en países como Colombia¹. No queda duda de que las elites criollas antepusieron sus intereses de clase dominante, sobre quienes pusieron su sangre para expulsar a los colonizadores, a quienes luego convirtieron en sus súbditos, inaugurando el estilo clientelista y corrupto que caracteriza la práctica política en toda Latinoamérica, pero particularmente en los países andino amazónicos.

¹ Hasta la promulgación de la Constitución Política de 1991 se mantuvo en Colombia, la calificación de “salvajes” y “menores de edad”, para los indígenas, que venía de la Constitución de la Regeneración Conservadora de 1886.

Desde la colonia, era claro para el común de las gentes, que ser criollo expresaba herencia de sangre hispana y una distancia bien definida entre aquel y la población mestiza, la más próxima en linaje, pero ya distante en “pureza de sangre”. La construcción del imaginario de lo “criollo” pudo ser algo involuntario, pero al detonar la independencia, adquirió un sentido práctico y contundente de lo “superior”, hábilmente cultivado y mantenido por las elites criollas, nuevas detentadoras del poder republicano.

A esta causalidad étnica debe agregarse entonces la presencia de lo que aquí se llamará el “síndrome del colonizador”², muy presente en todos los países, sin excepción, que otorga mayor reconocimiento a los nacidos en la capital nacional y en los centros de poder regionales. Aunque todos los criollos se consideraron por sí mismos y por los sectores mestizos y otros grupos étnicos, superiores, también se transfería esta misma diferenciación a las escalas regionales. Un valor de posición, no solo desde el punto de vista geográfico sino también socio económico, tomó lugar en esta nueva y particular forma de construir un sello de clase.

En sentido estricto, la nueva dominación política, en cabeza del criollismo³ de elite, es al mismo tiempo el nuevo tipo de dominación étnica, que sepulta en estos países de Latinoamérica, la posibilidad de que sectores sociales mestizos, indígenas y afrodescendientes asciendan hacia posiciones claras de poder. Como se ha ilustrado en diversos estudios, la rebelión contra la dominación española estuvo alimentada en el Perú por la propia familia Pizarro, mientras en los territorios del norte grancolombiano lo estuvo por Bolívar, de padre criollo y madre española, a quien acompañaron muchos intelectuales y familias criollas de elite.

Casanova (2006, p. 186), expresa que:

Con la desaparición directa del dominio de los nativos por el extranjero aparece la noción del dominio y la explotación de los nativos por los nativos. En la literatura política e histórica de los siglos XIX y XX se advierte cómo los países latinoamericanos van recogiendo estas nuevas experiencias, aunque no las llamen con los mismos nombres que hoy usamos. La literatura “indigenista” y liberal del siglo XIX señala la sustitución del dominio de los españoles por el de los “criollos”, y el hecho de que la explotación de los indígenas sigue teniendo *las mismas características* que en la época anterior a la independencia”.

² Esta expresión se manifiesta en la persistencia del dominio centro-periferia, pero trascenderá con la misma noción hacia los posteriores procesos de colonización interna en cada país. Con el tiempo, las elites de regiones colonizadoras reclaman como su extensión cultural y política los territorios ocupados. También ocurrió así en Colombia, cuando como fruto del triunfo de los ejércitos conservadores en las guerras civiles de 1885 y de Los Mil Díaz, los Estados Soberanos del Cauca, Magdalena y Tolima, fueron divididos entre las elites ganadoras de Antioquia, Valle del Cauca, Bolívar y Cundinamarca.

³ Con esta denominación se conoció a los sectores que una vez expulsados los españoles, ocuparon toda la estructura del poder republicano.

El criollismo al que aquí se hace referencia es en primer lugar una manifestación política de vocación de poder y de esencia independentista, pero criollismo no es igual a emancipación para los sectores sociales mayoritarios, como efectivamente lo ha mostrado la historia de casi dos siglos de independencia colonial. El poder militar, político, cultural y social pasó de manos españolas a manos criollas; el poder político-económico que antes descansaba en los encomenderos pasó pronto a manos de los terratenientes criollos; el poder emanado de la educación pasó del control hegemónico de la iglesia española al poder compartido del concordato Estado-Vaticano y; el modelo señorial de la sociedad colonial se transformó en una sociedad cultural y socialmente bi-polar, debatiéndose entre los estereotipos europeo y estadounidense.

Antes que permitir cualquier brote de autoafirmación mestiza, indígena o afrodescendiente, era crucial afirmar el nuevo modelo criollo de sociedad, algo así es lo que hemos decidido denominar criollocentrismo, que en términos concretos, si bien supone el reemplazo del colonialismo español, también la negación de la sociedad mayoritaria, conformada por población mestiza, indígena y afrodescendiente.

A juicio de Ramos (2012, p. 175):

Entre los colombianistas figuraban numerosos apellidos patricios, y patriotas reconocidos, además de clero y de artesanos y gentes del pueblo. La lucha de los partidos al llegar Bolívar a Guayaquil se manifestaba públicamente. Pocos días después de declararse la incorporación de Quito a la Gran Colombia, aparecieron fijados en las paredes de esa ciudad carteles que decían “El último día del despotismo y el primero de lo mismo”.

Bolívar juzgaba a los “independientes” así: “El hecho es que esta docena de bochincheros ha empezado a moverse... más no pueden hacer nada porque aquí la democracia hace poco papel, porque los indios son vasallos de los blancos, y la igualdad destruye la fortuna de los grandes”.

No resulta extraño por lo tanto que ni en los esbozos señoriales de figuras mitificadas, como Bolívar y la mayoría de sus contemporáneos fieles a la posibilidad de un régimen vitalicio de privilegios monárquicos ni en las fulgurosas campañas federalistas de otros “héroes”, como Santander o Rivadavia, se pudiese concretar un proyecto autónomamente soberano.

El mismo autor (Ramos, 2012, p. 172-173) revela los intentos de San Martín y del mismo Francisco Miranda por promover un “Imperio Hispanocriollo” en América, soportado en una conveniente alianza entre las fuerzas anticoloniales y la mismísima Corona Española, para enfrentar, paradójicamente, a los sectores independentistas que no compartían un

régimen de continuidad del tipo de gobierno y estructura de poder colonial, manejado por las elites de Lima y de Santafé.

El enfrentamiento abarcó no solo a las elites criollas de la Gran Colombia y el Alto Perú sino que involucró a sectores rebeldes de la Audiencia del Charcas. Allí estaban los sectores rebeldes comandados por Rivadavia, en la actual Argentina, el doctor Francia, en la actual Paraguay, Olañeta en Bolivia, la resistencia guayaquileña, pero también rebeliones como la de Agualongo, en Pasto, en el límite norte del territorio quechua.

Un aporte valioso, aunque no explícito relacionado con este asunto, extrañamente ausente de las reflexiones intelectuales en Latinoamérica, es hecho por Zibechi (2007, p. 22-27), quien destaca que como resultado de un potente movimiento emancipatorio generado al interior de los movimientos campesinos, indígenas y de mujeres en algunos países como Brasil, México, Bolivia y Ecuador, principalmente, reaparecen como nuevos desafíos, procesos sociales que demandan autonomía no solo intelectual y política sino territorial.

El primero de ocho rasgos comunes, que a juicio del autor identifican a los nuevos procesos de transformación de las sociedades dependientes en Latinoamérica, es justamente la lucha por el territorio o la defensa del mismo, tanto en los espacios rurales como urbanos; el segundo, está relacionado con la lucha por la independencia no solo frente a los partidos políticos tradicionales sino al Estado; “En tercer lugar, trabajan por la revalorización de la cultura y la afirmación de la identidad de sus pueblos y sectores sociales. La política de afirmar las diferencias étnicas y de género, que juega un papel relevante en los movimientos indígenas y de mujeres, comienza a ser valorada también por los viejos y los nuevos pobres”; el cuarto, de profundas implicaciones, “... es la “capacidad para formar sus propios intelectuales. El mundo indígena andino perdió su intelectualidad como consecuencia de la represión de las insurrecciones anticoloniales de fines del siglo XVIII y el movimiento obrero y popular dependía de intelectuales que le trasmitían la ideología socialista “desde fuera”, según el modelo leninista.

La lucha por la escolarización permitió a los indios manejar herramientas que antes sólo utilizaban las élites, y redundó en la formación de profesionales indígenas y de los sectores populares, una pequeña parte de los cuales se mantienen vinculados cultural, social y políticamente a los sectores de los que provienen”; el quinto, es el evidente y creciente papel de la mujer, no solo en los diferentes frentes de lucha política sino de la actividad cotidiana, relacionada con la producción, el cuidado de la familia, la salud y la educación, además de jefas de hogar y determinadoras de un nuevo tipo de relaciones sociales de producción; la sexta, relacionada con la emergencia de formas y organización de la producción y del trabajo,

que recuperan el sentido colectivo de la tierra y la redistribución colectiva del excedente, en el marco de relaciones de armonía y de respeto profundo por la naturaleza; el séptimo se refiere al hecho de que “...los movimientos actuales rehuyen el tipo de organización taylorista (jerarquizada, con división de tareas entre quienes dirigen y ejecutan), en la que los dirigentes estaban separados de sus bases. Las formas de organización de los actuales movimientos tienden a reproducir la vida cotidiana, familiar y comunitaria, asumiendo a menudo la forma de redes de autoorganización territorial.” y; el octavo, está relacionado con nuevas formas de la protesta social, que superan las tradicionales tácticas de huelga heredada del sindicalismo, colocando la movilización social y la toma de espacios emblemáticos, la tierra antes desposeída por el gamonalato o la creación de nuevos hitos espaciales mediante su recurrente “toma”⁴.

De todas las características mencionadas, las nuevas territorialidades son el rasgo diferenciador más importante de los movimientos sociales latinoamericanos, y lo que les está dando la posibilidad de revertir la derrota estratégica. A diferencia del viejo movimiento obrero y campesino (en el que estaban subsumidos los indios), los actuales movimientos están promoviendo un nuevo patrón de organización del espacio geográfico, donde surgen nuevas prácticas y relaciones sociales (Porto, 2001; Fernández, 1996: 225-246). La tierra no se considera sólo como un medio de producción, superando una concepción estrechamente economicista. El territorio es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen, instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente (ZIBECHI, 2007, p. 26).

Tiene sentido el análisis del autor, es otra vía para comprender la emergencia de un movimiento que sacude profundamente los referentes del establecimiento oligárquico, tan presente e incluso actual en países como Colombia, donde las elites criollas se han alternado en el control del poder del Estado con solución de continuidad por casi dos siglos. Las casas Mosquera, Valencia, Vargas, Lleras, Camargo, Santos, López, Pastrana, Uribe, Turbay, Gómez, entre otras, han ocupado en uno u otro orden las fórmulas presidenciales, ministeriales y de las embajadas ante los países más importantes del mundo, en Colombia, hasta la actualidad. Pero han emergido sin triunfar hasta ahora personas de las clases medias, no sin embargo aún de origen campesino, indígena o afrocolombiano.

En Bolivia, Ecuador y Perú, en cambio, es clara la tendencia a borrar la presencia de las familias de la cuna criolla y elite republicana. Son nuevos en el escenario del poder los apellidos Morales, Linera, Choquehuanca, Achacollo, en Bolivia; Ollanta Humala y Pulgar,

⁴ Se refiere específicamente a la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, conocida por la presencia allí por más de dos décadas, de la “madres de la Plaza de Mayo”, que retornaban allí cada año para pedir justicia por los crímenes cometidos por las dictaduras militares argentinas.

en Perú; tanto como Correa, Solorzano, Solís, en Ecuador.

Una clase media, culta, incluso con estrechos vínculos con sectores progresistas de las fuerzas armadas en estos mismos países, constituyen una alianza recurrente en los procesos de revoluciones democrático burguesas de las últimas siete décadas. Un cemento que precede la configuración de un movimiento abiertamente pro-socialista de las dos últimas dos décadas y del cual han emergido las propuestas variopintas de “Socialismo del Siglo XXI” impulsados desde Venezuela y acatado en parte por el Ecuador de Rafael Correa y el “capitalismo andino amazónico”, promovido en Bolivia por Álvaro García Linera. En el caso del Perú de Humala, la opción si bien se presenta como democracia liberal, se ha abstenido de producir rupturas con las elites económicas, políticas y militares que siguen determinando el rumbo de la sociedad peruana.

Colombia, como se ha insistido a lo largo del documento, constituye la excepción y sigue siendo un poderoso bastión de una derecha consolidada, que mantiene al país como un aliado incondicional de los Estados Unidos, en una sociedad que se ha debatido entre las alianzas de los oligopolios y el imperialismo estadounidense, con una presencia y soporte importante de co-gobierno con sectores de las mafias del narcotráfico y el paramilitarismo, sobre todo durante las cuatro últimas décadas.

Referencias bibliográficas

AYALA, Mora Enrique. *Resumen de historia del Ecuador*. 3. ed. 2008. Disponible en: <<http://www.cenlibrosecuador.org/>>. Acceso en: 9 feb. 2014.

_____. *Ecuador: patria de todos. La nación ecuatoriana, unidad en la diversidad*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2002.

BARCLAY, Rey de Castro Frederica. *El Estado Federal de Loreto, 1886. Centralismo, descentralización y federalismo en el Perú, a fines del siglo XIX*. Lima: Tarea, 2009.

DELER, Jean Paul. *Improbable Colombie. Geographie Universelle. Amérique Latine*, Paris: Maxeville, Chapitre 20, 1991.

_____. Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930. MAIGUASHCA, Juan (ed.). *Historia y región en el Ecuador 1830-1930*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1994. p. 295-353.

_____. *Ecuador: del espacio al Estado Nacional*. Quito: IFEA / Corporación Editora Nacional / Universidad Andina Simón Bolívar, 2007.

SENPLADES. *Agenda zonal para el buen vivir: propuestas de desarrollo y lineamientos para el ordenamiento territorial*. Quito: Monsalve Moreno, 2010.

DANE. *Cuentas departamentales. Base 2005. Resultados año 2011 preliminar*. Bogotá: DANE, 2012. Disponible en: <http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/pib/departamentales/B_2005/Resultados_2011.pdf>. Acceso en: 30 jun. 2013.

ESPINOSA Rico, Miguel Antonio. Ciudades y sistemas urbanos regionales en la configuración de Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia. In: MASSIRIS Cabeza Ángel; ESPINOZA Rico, Miguel Antonio; RAMIREZ Castañeda, Teresa; RINCÓN Avellaneda, Patricia; SANABRIA Artunduaga, Tadeo (ed.). *Procesos de Ordenamiento en América Latina y Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Acción Gráfica, jul. 2012. p. 31-44. Disponible en: <<http://www.facartes.unal.edu.co/otros/ProcesosOrdenamientoAmericaLatinaColombia.pdf>>. Acceso en: 30 jun. 2014.

- INE. *Boletín Informativo Censo Nacional de Población y Vivienda 2012*. La Paz: INE. 23 ene. 2013.
- INE. *Cuentas Nacionales del Perú*. Producto Interno Bruto por Departamentos 2001 – 2011. Lima: INE, 2012. Disponible en: <<http://www.inei.gob.pe/biblioineipub/bancopub/Est/Lib1048/index.html>>. Acceso en: 30 jun. 2013.
- MAIGUASHCA, Juan. El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895. In: _____ (ed.). *Historia y región en el Ecuador 1830-1930*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1994. p. 355-431.
- PULGAR, Vidal Javier. *Geografía del Perú*. Bogotá: Printer Colombiana, 1996.
- RAMOS, Jorge Abelardo. *Historia de la nación latinoamericana*. Buenos Aires: Continente, 2012.
- ROSTWOROWSKI, María. *Historia del Tahuantinsuyu*. Lima: Tarea, 2012.
- TORANZO, Roca Carlos. *Repensando el mestizaje en Bolivia*. La Paz: Cides-UMSA, 2009.
- VERGARA Y VELASCO, Francisco Javier. *Nueva Geografía de Colombia*. Bogotá: Banco de la República, 1901.
- ZIBECHI, Raúl. *Autonomías y emancipaciones*. América Latina en movimiento. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 2007.